



VOL: AÑO 4, NUMERO 9

FECHA: ENERO-ABRIL 1989

TEMA: DESDE LA HISTORIA: Estudios sobre clases y movimientos sociales en México

TITULO: **En torno al zapatismo**

AUTOR: *Mario Alejandro Carrillo* [\*]

SECCION: Artículos

## TEXTO

Todo parecía apuntar al inicio de un camino tantas veces recorrido (dentro del porfirismo) por distintas comunidades indígenas y campesinas exasperadas. Ante sus condiciones de vida cada día más precarias, estas comunidades se veían forzadas a cometer acciones contrarias al orden: se negaban a obedecer órdenes, se apoderaban de tierras, robaban, maltrataban o mataban a algún capataz especialmente odiado, en fin, cometían algún "desacato a la autoridad" que generalmente terminaba de manera funesta para "los revoltosos"; las "guardias blancas" de las haciendas, "los rurales" o el ejército federal se encargaban de encarcelar, deportar o aniquilar a los culpables de exigir mejores condiciones de vida y respeto a su derecho de existir.

No obstante los repetidos fracasos de las comunidades indígenas y campesinas del país, en el estado de Morelos, a fines de 1909 y principios de 1910 surge un movimiento campesino, el zapatista, que aunque a la postre fue derrotado, se mantendría de pie a lo largo de casi una década, luchando indistintamente en contra de Díaz, Madero, Huerta y Carranza.

Una de las metáforas más claras, que resumen la visión que la sociedad "per bene" tiene del zapatismo, la expresó José María Lozano en la Cámara de Diputados tratando de denostar al movimiento: "Es la aparición del subsuelo que quiere borrar todas las luces de la superficie".

Metáfora que califica con desprecio y temor el mundo campesino y que coloca dentro de una dualidad contradictoria a los zapatistas y a la sociedad contra la que combatieron.

Pero esta mirada de desprecio, de la que se veía como la sociedad opuesta, era también compartida por los habitantes del subsuelo que veían a la sociedad de la superficie no llena de "luces", sino de "banquetas". Zapata le decía a Villa en Xochimilco que "los hombres que han trabajado más son los menos que tienen que disfrutar de aquellas banquetas (sic). No más puras banquetas. Y yo lo digo por mí: de que ando en una banqueta hasta me quiero caer".

Por diez años estos mundos irreconciliables se enfrentaron, el mundo campesino, el mundo de la tierra, vivió una guerra sin cuartel, y el movimiento que generó se mantuvo, creció y transformó, al grado de que sería erróneo considerarlo como un movimiento único, es decir, como movimiento que desde el principio al fin se piensa, habla, planea, se organiza, lucha y tiene las mismas metas; por el contrario, el zapatismo fue matizándose de muy distintas maneras, inmerso dentro de un movimiento vivo y cambiante que lo determinó.

Las notas que a continuación se presentan pretenden proponer una posible periodización del movimiento, para lo cual hemos dividido el desenvolvimiento del zapatismo en tres grandes períodos: el primero, el del surgimiento, parte de la primavera de 1910, y termina aproximadamente entre febrero y septiembre de 1913; el segundo, el de la consolidación, se extiende desde el segundo límite ya señalado hasta principios de 1918; y el último, en donde finalmente el movimiento es corporativizado dentro del Estado, termina aproximadamente en la década de los veinte.

Para hacer esta división nos hemos ceñido estrictamente al desarrollo interno del propio movimiento. El zapatismo a partir de su composición interna, de las condiciones concretas a las que se enfrentó y de las prioridades programáticas que se planteó (consciente o inconscientemente, estructurada o espontáneamente), se organizó, se planteó metas y generó distintas estrategias políticas y militares, que lo caracterizaron de muy distintos modos a lo largo de su desarrollo. [1]

### El contexto

El México de Porfirio Díaz, el que había superado la oscuridad y el caos de las primeras décadas del siglo XIX y que al fin se había consolidado como nación, crecía ya en los albores del siglo XX y en el ocaso del siglo precedente, como un país moderno, con un desarrollo considerable en algunas actividades productivas y con sólidos vínculos con el exterior, que se manifestaban en inversiones extranjeras directas y en préstamos.

Uno de los elementos más importantes que permitieron el desarrollo económico señalado, fue sin duda la estabilidad política que Díaz consiguió, y que se extendió a lo largo de todo el territorio a través de complejos pactos y alianzas entre el gobierno central y los distintos poderes políticos regionales y locales. La "paz social" que siguió a esos pactos fue sostenida hacia las clases trabajadoras (jornaleros, campesinos y obreros) por medio de una política férrea de control, que permitió a empresarios y hacendados implementar dentro de sus fábricas, minas o haciendas, jornadas de trabajo extenuantes, condiciones de trabajo miserables, salarios reales ínfimos, entre otros mecanismos de explotación, a través de los cuales se acrecentaban las ganancias y se desarrollaban las empresas.

En cada uno de los distintos estados de la república el desarrollo económico porfirista encontró una forma específica, determinada por el tipo de actividad productiva que se desarrollaba en la zona, así como por las características de su población. Dentro de este contexto, el estado de Morelos, en donde se desarrolló el movimiento zapatista, se caracterizó por un acelerado crecimiento de las haciendas cañeras, iniciado a partir de 1880.

El estado de Morelos, según Chevalier, representaba una zona de economía típicamente capitalista, de producción industrial de azúcar. En este renglón era sin duda lo más moderno que poseía México. Una serie de grandes ingenios, que contaban con las mejores máquinas de la época, ofrecían al mercado nacional una excelente azúcar refinada, que constituía la tercera parte de la producción mexicana: hecho notable si se tiene en cuenta la reducida dimensión de la zona productora de Morelos [2].

La modernización de las haciendas cañeras en Morelos se sustentaba en una noble concentración de las tierras en detrimento de los pueblos, las viejas haciendas, las tierras de los ranchos y las de los pequeños productores. Esta tendencia propició una notable depauperización de la pequeña burguesía rural y de los campesinos, que paralelamente a la pérdida de sus tierras, eran absorbidos por las haciendas como mano de obra cautiva.

Al terminar el siglo XIX este proceso se intensificó espoleado por el recrudescimiento de la lucha por la conquista del mercado azucarero nacional, así como por el alza del azúcar.

En la primera década del siglo XX, sin embargo, el desarrollo económico porfirista se vio severamente frenado por una serie de crisis económicas, que además de consecuencias en el área de la producción, trajeron consigo importantes repercusiones políticas.

El bloque político creado en torno a Díaz se comenzó a desquebrajar, creándose en Su interior un grupo disidente al dictador que pedía "mudanzas en el gobierno" y una mayor participación dentro del mismo. Esta nueva situación abrió de pronto posibilidades políticas inéditas, tanto a nivel nacional como en cada uno de los estados de la república.

En Morelos, esta situación se complicó además con la lucha por la gubernatura del estado [3], lo que facilitó la apertura de nuevos espacios políticos, legales O no; pero sobre todo, y lo que es más importante aún, fue la confluencia de la situación política nacional y la estatal, lo que otorgó a los movimientos políticos emergentes en Morelos posibilidades de sobrevivencia.

#### El primer período

El período inicial es el de surgimiento de los distintos grupos insurrectos y el de Su posterior integración, a través de frágiles asociaciones, en rededor de una estructura organizativa incipiente, desorganizada internamente y carente de cadenas de mando precisas, que al final del período comienza a consolidarse.

Las comunidades de Morelos y sus miembros, impulsados por distintas causas (venganza, por apoderarse de las tierras, para escapar de alguna orden judicial, etc.), se integran a "la bola" [4] conformando organizaciones propias muy heterogéneas (desde el punto de vista de sus objetivos, de su organización, de su composición interna, etc.); el movimiento de Anenecuilco es en ese momento sólo uno de los tantos que surgen en el estado.

El que sería el núcleo integrador del movimiento comienza a concretarse, antes de la generalización del movimiento armado de 1910, dentro de cuatro de las comunidades de la municipalidad de Ayala. Lo integran un sector de la pequeña burguesía agraria, junto con grupos de campesinos de la zona.

El centro de este movimiento se encontraba en la comunidad de Anenecuilco, que en la primavera de 1910 había dado los primeros pasos hacia la subversión. Los de Anenecuilco, asfixiados por el despojo de tierras que les hacían los hacendados vecinos, y viendo fracasar todos los procedimientos legales para conseguir su restitución, se decidieron a actuar por sí mismos: ochenta hombres armados al mando del presidente del Consejo Local, Emiliano Zapata, invadieron las tierras que les habían sido expropiadas, procediendo después a la distribución de lotes entre los agricultores.

Esta acción dio comienzo a un proceso de reapropiación de las capacidades resolutorias por parte de los vecinos de Anenecuilco (lo que implica decidir por si mismos lo que les conviene y actuar en consecuencia con ello), lo que conllevó además, en este caso, a contraponerse a un sistema de calificación dominante, estructurado en virtud de intereses ajenos a ellos, y por lo tanto situarse al margen de la legalidad, es decir, de la calificación externa de las acciones permitidas o no. Los de Anenecuilco comenzaron a crear un sistema paralelo en donde la fuente de calificación de las acciones tiene origen dentro de ellos mismos y en sus acciones, desplazando así la fuente generadora de lo permitido de

una instancia externa hacia ellos mismos, lo que necesariamente significaba contraposición y enfrentamiento.

Planteada de esta forma la conflagración entre los hacendados y los de Anenecuilco, los primeros cometen dos errores políticos que permiten que el movimiento dirigido por Zapata se comience a consolidar: el primero fue que dejaron pasar algunos meses sin contestar la acción de los de Anenecuilco; y el segundo fue que cuando contestaron lo hicieron desde un punto de vista jurídico, en lugar de dar una respuesta radical.

Estos errores fueron agravados por la resolución jurídica favorable a los de Anenecuilco, dictada por el prefecto del Distrito y el Presidente Municipal de Ayala, dos miembros de la disidencia porfirista que habían logrado colarse a esos cargos municipales.

La ocupación exitosa de las tierras y su posterior ratificación generó dentro de Anenecuilco un proceso de cohesión interna que se planteaba en términos nuevos de los existentes tradicionalmente. Los vínculos de solidaridad colectivos se reforzaron ante las posibles represalias externas, por la transgresión del orden que habían realizado, colectivizando los destinos individuales en una suerte de destino común.

La constante amenaza externa obligó a cada uno de los miembros de la comunidad a una defensa activa, militante y permanente de sus conquistas. Como la transgresión cometida por los de Anenecuilco tenía un carácter permanente (puesto que el origen de ella era la recuperación de los medios de producción, cuyo disfrute implicaba la defensa de un determinado lugar y por lo tanto una cierta permanencia en el tiempo), la cohesión suscitada por ello se convirtió en organización permanente, ya que la defensa organizada hacia el exterior significaba la defensa de la comunidad misma, encarnada en cada una de las familias que se habían beneficiado del reparto de tierras hecho por Zapata.

Aunque seguramente una acción decidida y enérgica por parte de las autoridades locales o estatales hubiera muy probablemente desmembrado a los de Anenecuilco, la correlación de fuerzas prevaleciente en la región sin duda moderó las posibles acciones en contra del naciente movimiento, y aún más, aunque al movimiento de Ayala hubiese conseguido logros significativos dentro del mismo estado, no habría tenido casi ninguna posibilidad de sobrevivencia si la rebelión nacional, que se gestaba en el norte, no hubiese cundido como lo hizo.

El movimiento de Anenecuilco se consolidaba ya en los dos primeros tercios de 1910, las noticias de su existencia se propagaron por el estado, las poblaciones vecinas se fueron agregando al movimiento, impulsadas por la impunidad con que actuaron sus vecinos y por las acciones de Zapata.

Cuando los de Anenecuilco deciden integrarse a la revolución, no van solos, los pobladores de Villa de Ayala y Moyotepec los acompañan; Zapata es reconocido como jefe agrario de estas comunidades y nombrado coronel. Otros se le unen, su primo Amador Salazar, de Yautepec; el maestro Montaña, su hermano Eufemio, Francisco Mendoza y Gabriel Tepepa, campesino sublevado con todos los peones de una hacienda cercana a Tlaltzapán y que tenía más de setenta años en 1911 [5].

Más tarde, Zapata pasa de ser sólo uno de los diversos coroneles del movimiento, cuya fuerza de acción se extendía en los distritos estratégicos del sur y del este del estado, a centralizar en su poder casi todo el mando de los distintos contingentes del estado. Es decir, se pasó de una situación de iniciativas individuales, sin coordinación, a la integración de ellas dentro de una instancia central.

Y aunque Zapata logra conjuntar en torno suyo a distintos jefes regionales y locales, su autoridad no es absoluta ni indiscutida; cuando el segundo intento de movilización y desarme de las tropas a instancias de Madero, durante el gobierno de León de la Barra, por ejemplo, los generales zapatistas casi se rebelan en contra de un Zapata obstinado en desmovilizar al ejército mientras las tropas del general Huerta estuvieron a punto de entrar en Cuautla.

Estas acciones de Zapata eran motivadas por su interés de ser reconocido por el movimiento revolucionario a nivel nacional, lo que aparte de significarle posible ayuda económica y legitimidad externa, implicaba también un elemento de capital importancia para ser reconocido como jefe supremo de la insurrección de Morelos. Sin embargo, a medida que Zapata ve fracasar sus intentos de hacer su revolución dentro de las pautas que le marcaban los revolucionarios fuereños, pasa del reconocimiento y sujeción casi total a ellos, a la desconfianza primero y a la hostilidad después.

En este primer período además se comienzan a configurar algunas características que determinarán durante toda su existencia al movimiento zapatista.

En lo militar, la táctica zapatista oscilará entre la guerra de guerrillas con escaramuzas esporádicas y ataques y asaltos aislados, a acciones guerrilleras concertadas con objetivos militares específicos, para apoderarse de localidades claves dentro del estado.

Las localidades obtenidas por los zapatistas, sin embargo, y ésta fue otra constante en la lucha en Morelos, no fueron conservadas mucho tiempo por los rebeldes; en todas las acciones los federales volvieron a la lucha y recuperaron las ciudades. Las municiones y los pertrechos militares de los cuales disponían los zapatistas siempre fueron exiguos e insuficientes para sostener batallas regulares.

Esta imposibilidad de sostenerse militarmente en el estado, hacía que los rebeldes no fueran capaces de transformar sus triunfos esporádicos en una victoria definitiva que les permitiera instaurar un gobierno permanente en el estado. Y aunque nunca pudieron tener el control estable de las ciudades, las principales cabeceras del distrito y municipales, en donde el ejército federal era quien los controlaba, los zapatistas dominaban casi absolutamente las zonas rurales.

En este período, además, el ejército zapatista comenzó a mostrar una de sus características más sobresalientes: la de resistencia y adaptación a las cambiantes circunstancias militares.

La resistencia a los embates de las fuerzas federales estuvo en gran medida determinada por la capacidad de movilización y desmovilización de un ejército compuesto fundamentalmente por campesinos y jornaleros, que en épocas de repunte de la lucha era capaz de formar grandes contingentes más o menos organizados; y en épocas de reflujo o de franca retirada, esos mismos contingentes se integraban a sus labores sirviendo, dentro de sus pueblos, de apoyo logístico a los contingentes activos.

"En la época en la que gobernaba Madero, el ejército zapatista tenía cerca de 12,000 hombres, mientras que en todo el país había un total de 150,000 hombres en armas. Por lo que se refiere al número considerable de unidades independientes, el ejército de Zapata constituía probablemente la unidad militar más grande, pero también la de mayor movilidad a causa de su organización guerrillera. Este ejército algunas veces operaba como un todo, como en los ataques con 12,000 hombres a las ricas minas del estado de Hidalgo, para probar que el gobierno de Madero no era capaz de proteger ni siquiera a las ciudades que se encontraban a menos de 200 kilómetros de la capital. Otras veces,

operaba dividido en 200 pequeñas bandas distribuidas en diversos estados. Estas bandas las formaban de 30 a 200 hombres, conducidas por los guerrilleros más enérgicos. Algunos hombres iban a pie otros a caballo. Zapata mismo, a menudo, desaparecía durante días enteros para inspeccionar a los diversos grupos desparramados en la región. Esporádicamente, aparecía en la ciudad de México para acudir a reuniones secretas, a pesar de que se ofrecían 50,000 pesos por su cabeza" [6].

Por otro lado, la naturaleza reactiva de los integrantes del zapatismo a los hechos del exterior va a ser otra de sus constantes. Los cambios de gobierno tanto a nivel nacional como estatal, así como los cambios de política en el estado y del desarrollo de la lucha revolucionaria, influyeron grandemente en la cohesión interna y en la fidelidad que se guardaban los distintos componentes del movimiento zapatista.

Las acciones represivas de las fuerzas federales, por ejemplo, generalmente creaban nuevos rebeldes, al tratar indiscriminadamente a todos los habitantes de los pueblos. Los grupos armados se fortalecían con nuevos contingentes que se les unían asustados por los incendios de sus pueblos y campos y por las muertes y encarcelamientos de su gente [7]. Sin embargo, cuando se llevó adelante, por parte del gobierno central o estatal, una política estructurada y coherente de conciliación, tanto administrativa como militar, los resultados obtenidos por ella fueron alarmantes para los zapatistas: las autoridades consiguen que se de un distanciamiento entre los pueblos y las fuerzas rebeldes, el desmembramiento de muchos contingentes, además de la posibilidad de que algunos jefes revolucionarios concertasen treguas [8].

## Segundo período

En el segundo período, el movimiento zapatista sufre cambios internos fundamentales. Dentro del Cuartel General (como obra de Manuel Palafox) al fin se instaura un orden y una estructura que posibilita el surgimiento de un organismo que le dio coherencia y coordinación al movimiento.

Además, en este período también se procedió a estructurar a los dispersos contingentes armados dentro de un ejército con fines claros y mandos coordinados; y para trazar metas y organizar las relaciones militares, también se reorganizó el alto mando rebelde y se le dio el carácter de Junta Revolucionaria del Centro y Sur de la República, integrando en su interior a los jefes rebeldes más importantes del estado.

Tratando de formar un ejército regular y de profesionalizarlo, se expidieron una serie de reglamentos tendientes a perfeccionar la estructura formal del ejército, y a reglamentar las relaciones entre los oficiales, las tropas y los pueblos y rancherías que ocupaban.

En este período se integraron al movimiento una serie de militares e intelectuales que proporcionaron al zapatismo una mayor sistematización tanto en sus planteamientos ideológicos como militares. Es el caso, en lo militar, del jefe federal Aguilar que prestó ayuda logística y contactos para comprar armas y municiones; y de algunos intelectuales de la Casa del Obrero Mundial que proporcionaron al zapatismo los canales teóricos para manifestar sus demandas, sintetizados en la vieja consigna anarquista de "tierra y libertad" [9].

Desde el otoño de 1914, teniendo como ideólogo a Soto y Gama, los zapatistas adoptaron a la cuestión agraria como objetivo central y casi único de su política a nivel nacional. Con la anuencia de Palafox y su política de "no concesiones" las consignas agrarias zapatistas se fueron radicalizando hasta límites peligrosos para el movimiento mismo, ya que en muchas ocasiones los privó de elementos que matizaran su estrategia política, cayendo

en una posición maniquea que los despojó de la ayuda de aliados potenciales, además de imposibilitarlos para comprender y adecuarse a las nuevas situaciones políticas que se les presentaban.

El informe que presentaron Luis Cabrera y Antonio I. Villarreal, delegados carrancistas para conferenciar con Zapata, en septiembre de 1914, es ilustrativo de la posición de los surianos de esta etapa:

"Puede resumirse el criterio del grupo revolucionario con el que discutimos, en la forma siguiente: 'violado el Plan de San Luis por don Francisco I. Madero, la Revolución de Ayala debe considerarse como la continuación legítima de la de 1910. La Revolución de Guadalupe no es más que un incidente supeditado a la de Ayala. La Revolución de Ayala tiene principios y tendencias bien definidas, los cuales están consignados en el Plan de Ayala, mientras el de Guadalupe no es más que un Plan para cambio de gobierno, siendo ésta una razón, por la cual el movimiento del Norte debe considerarse supeditado al del Sur... A nuestra proposición de que simplemente se adoptara el Plan de Ayala en sus principios fundamentales, incorporándolos en un arreglo o convenio, se nos hizo saber que la condición de sumisión a todas las disposiciones del Plan, tanto agrarias como políticas, era sine qua non y previa a toda discusión sobre otros asuntos, y que solamente después de que nosotros consiguiéramos convencer al Primer Jefe para que firmase el acta de sumisión al Plan de Ayala, podría entrarse a tratar de las conferencias por los delegados " [10].

Por otra parte, a medida que fue estructurándose con mayor coherencia el zapatismo, se fueron delimitando con mayor precisión las distintas instancias que componían al movimiento: en la cúspide se encontraba el Cuartel General en donde Zapata, los principales jefes rebeldes y los secretarios (los intelectuales que se integraron) dictaban las pautas generales a seguir; abajo de ellos los jefes revolucionarios (muchos de los cuales integraban también el Cuartel General) y sus contingentes actuando militarmente en una región específica; después las autoridades locales y finalmente los componentes de las comunidades.

Las relaciones y el grado de cohesión que se da entre estas instancias, como en el período anterior son cambiantes, determinadas fundamentalmente por el auge y reflujo del movimiento. A diferencia del período precedente en donde la diferenciación entre las instancias se consolida, las relaciones entre ellas se complican y por lo tanto se crea la necesidad de regularlas.

En adelante el Cuartel General se va a preocupar de expedir una serie de ordenanzas tendientes a regular las relaciones entre las diferentes instancias que en muchas ocasiones no son nada cordiales.

El grado de cohesión entre las instancias pasa por diversos momentos: el período de mayor integración entre ellas se da durante el gobierno de la Convención, en donde Manuel Palafox, desde la Secretaría de Agricultura, logra establecer una cadena de comunicación que va desde las más altas instancias estatales, del gobierno hasta las comunidades mismas; en este momento un órgano estatal, la Secretaría de Agricultura, pasa a ser un verdadero mecanismo operativo que instrumentaliza, da coherencia y soluciona las peticiones que surgen de las comunidades.

Desde enero de 1915 Palafox crea algunos instrumentos para reforzar la reforma agraria que se propone implementar, al mismo tiempo que pone en marcha una política de revisión de las peticiones de tierras de los pueblos. El reparto de tierras que se pone en marcha "de conformidad con las costumbres y usos de cada pueblo", implica un respeto a

las capacidades resolutivas de las comunidades, que resurgieron de nuevo en el estado, y que por primera vez servían como base real de la acción de un Estado, aunque fuese tan endeble como lo era el convencionalista.

La caída de los convencionalistas y el sucesivo contrataque de las fuerzas constitucionalistas acabaran con la primavera del zapatismo, devolviéndolo al estado anterior de sobrevivencia en donde los zapatistas ni eran vencidos definitivamente, ni tenían la posibilidad de pasar a otro estado de desarrollo de la lucha.

Esta situación fue corroyendo la cohesión del aparato zapatista, abriendo serias diferencias entre las distintas instancias. Una de las más graves, a nivel del Cuartel General y los jefes regionales, fue una insurrección en contra de Zapata a principios de mayo de 1917, en Buenavista de Cuellar [11].

Esta indefinición de la lucha agotó también a la gente del común del estado, que en condiciones miserables y desarraigados de sus comunidades no encontraban una razón convincente para seguir peleando, lo que propiciaba un distanciamiento con el movimiento zapatista.

"...a partir de 1917 la vida se volvió muy difícil en esta república campesina, desprovista de industrias y asediada por el ejército constitucionalista. Carranza había sido reconocido por los Estados Unidos. Era un enemigo paciente y tenaz que sabía que la guerrilla no puede prolongarse indefinidamente si se logra privarla de víveres mediante la interrupción de todas las vías de acceso. Los zapatistas llegaron a verse escasos de todo, especialmente de municiones y armas, e incluso de alimentos. El campo había sido saqueado. Casi no se contaba con bestias de trabajo, y en su lugar ahora se veía como los hombres tiraban del arado. El general Octavio Magaña refiere que en 1918-1919 no era nada extraordinario tomar por todo alimento durante el día tres o cuatro tortillas de maíz con un poco de sal. Mal alimentados, los soldados estaban expuestos a graves ataques de paludismo. Para economizar municiones, que llegaron a faltar en extremo, tenían que evitar encontrarse con sus enemigos y se remontaban a los montes y a las sierras. Comenzaron a llamarse 'liebres blancas'. [12]

Para evitar el rompimiento con las comunidades, el Cuartel General creó el 28 de noviembre de 1916 el Centro de Consulta para la Propaganda y la Unificación Revolucionaria, mecanismo que formalmente servía para orientar a las comunidades sobre las acciones del movimiento zapatista y que se encargaba de organizar en cada pueblo bajo control revolucionario una serie de juntas subsidiarias denominadas Asociaciones para la Defensa de los Principios Revolucionarios.

Estas asociaciones dentro de las comunidades se encargaban de regular las relaciones entre civiles y guerrilleros, además de tener a su cargo la educación. En la práctica funcionaron como enclaves zapatistas que paulatinamente fueron dominando política e ideológicamente a la sociedad local, y no obstante los logros de las asociaciones, la fractura entre dirigencia y comunidades poco a poco se fue agrandando.

### Tercer período

A finales del período anterior se comenzó a delinear el elemento clave que caracterizó al último período de la vida del zapatismo.

Zapata paulatinamente se fue alejando de la corriente agraria radical dentro de su movimiento, y comenzó a hacer caso a la política aconsejado por un grupo emergente encabezado por Gildardo Magaña.



La idea fundamental de Magaña era la de la conciliación, promoviendo alianzas externas, y aunque en un principio Zapata se mostró reticente a adoptar esta política, finalmente la aceptó, colocando a la revolución de Morelos en otra perspectiva.

Magaña fue autorizado por Zapata para buscar aliados en otros bandos, y tan a pecho se adoptó la política de conciliación que Magaña comenzó a trabajar en la elaboración de las condiciones de tregua que Zapata presentaría al mismo Carranza; los principios contenidos en el Plan de Ayala y el Plan de Ayala mismo pasaron a un segundo término y no se volvieron a mencionar en ninguna declaración nacional después del 25 de abril de 1918.

La lucha dentro del Cuartel General entre los agraristas de Palafox y el grupo de Magaña no se hizo esperar; Palafox se lanzó en contra de Magaña con la bandera de combatir a los "espías carrancistas que se habían infiltrado en Morelos". La intervención de Zapata refrenó la embestida de Palafox que finalmente fue destituido y limitada su acción sólo a cuestiones agrarias.

Con la muerte de Zapata, acaecida a principios de abril de 1919, y la posterior entronización de Magaña como jefe supremo del movimiento zapatista, la política de conciliación se impone sin ambages.

Tomando como pretexto una posible intervención estadounidense, en noviembre de 1919 Magaña ofrece a Carranza "suspender las hostilidades" a cambio únicamente de "respecto para él y las personas, propiedades y derechos civiles y políticos de jefes".

Aceptada la rendición, los contingentes zapatistas deponen las armas, la gran mayoría de los principales jefes se entregan en el transcurso de diciembre, llegando a tal cantidad que a finales del mes el jefe militar de la zona declara concluida la campaña de pacificación del sur.

"El zapatismo no había ganado la guerra, mucho menos la revolución. La muerte de Zapata fue para muchos el epitafio del ejército del sur. Sin rendirse, sin traicionar y hasta sin entregar las armas al enemigo, los combatientes volvieron poco a poco a sus pueblos derruidos. Sólo los más persistentes, apenas un puñado, siguieron levantados después de la muerte de Zapata... Los rebeldes, casi sin darse cuenta, dejaron de ser una liga armada entre los pueblos" [13].

La precaria tregua que siguió a estas rendiciones sirvió para que los hacendados resurgieran en el estado atareados en recomponer sus haciendas, sin embargo poco les habría de durar el gusto. Magaña, vislumbrando nuevas posibilidades políticas, más que molesto por el resurgimiento de los hacendados, se va a las montañas a fines de enero colocándose nuevamente fuera de la ley.

Con el regreso de Magaña se pone en pie nuevamente el movimiento zapatista; el Ejército Libertador del Sur cobra forma de nuevo, sólo que ahora para subirse al carro del obregonismo; Magaña, con un sensible cambio de tono de voz, aconseja a los pueblos que apoyen a Obregón, ordenando tajante: "Hoy, como ayer, seremos amigos de los pueblos que estén con nosotros. Pero sabremos castigar también a quienes falten a la gratitud que deben a la memoria del inmortal Emiliano Zapata".

Con el sucesivo triunfo obregonista, los zapatistas entran de lleno a formar parte del nuevo gobierno; el 2 de junio de 1920, se incorpora el Ejército Libertador del Sur al Ejército Federal en calidad de División del Sur; a Genovevo de la O, destacado general

zapatista, se le nombra comandante militar del estado y junto a Magaña le dan el título de general de división; Soto y Gama, por su parte, a petición de Obregón funda el Partido Nacional Agrarista, con gran influencia en la Secretaría de Agricultura.

En Morelos, los zapatistas también ocuparon puestos políticos de importancia, y en el estado, mediante la aplicación de una reforma agraria populista, se les proporciona tierras a 115 de los 150 pueblos que existían en el estado.

Sin embargo, y como lo señala atinadamente Warman:

"...detrás del notable éxito estadístico del reparto agrario se ocultaban procesos complejos y confusos. El reparto obregonista fue un borrón y cuenta nueva que hizo caso omiso del reparto zapatista. El Zapatismo no había dejado un registro de una acción agraria hecha sobre la marcha, con las armas en las manos, muchas veces con arreglos de palabra entre hombres de honor y de confianza. Muchos de ellos murieron y otros no volvieron; los escasos papeles se perdieron o fueron discretamente rechazados como papeles inútiles por la comisión local agraria del estado de Morelos. El desconocimiento de la reforma agraria zapatista no fue sólo un problema de mecánica, de implementación, sino primordialmente una decisión política. Sin ninguna declaración tajante ni violenta, la entrega de tierra de los zapatistas fue declarada ilegítima por una razón de principio: fue hecha al margen del Estado. De hecho, era un acto de bandolerismo que de ser reconocido dejaría un peligroso antecedente: la tierra podría tomarse sin la intervención del gobierno central... El reparto agrario hecho por el Estado, permitía transferir la lealtad de los campesinos beneficiados por la dotación hacia el Estado, convertirlos en subordinados. Para hacer esto posible era necesario que las masas campesinas perdieran la iniciativa del reparto y que ésta pasara a manos del Estado a través de la formalización de la institucionalización del proceso de redistribución territorial como monopolio del gobierno... Los procedimientos reglamentarios de la constitución y las instituciones encargadas de hacer el reparto convirtieron al campesino en un subordinado directo del gobierno que centralizaba todas las decisiones, todos los recursos, todos los trucos" [14].

El zapatismo llegaba a su fin, al integrarse a un Estado construido por elementos ajenos a sus intereses de clases, y al entrar ahí con una correlación de fuerzas desfavorable a ellos, se condenaban a asumir un orden que los aceptaba coyunturalmente, pero que en cuanto las situaciones cambiasen y que por lo tanto el peso específico del zapatismo recobraría su verdadera dimensión, es decir, un peso muy reducido, el aparato estatal naciente los digiriese corporativizándolos en su interior.

El golpe mortal del movimiento zapatista fue tan simple como un cambio de gobierno: Calles sustituye a Obregón en 1924, y el nuevo presidente reemplaza paulatinamente de sus cargos a la mayoría de los zapatistas; a partir de ahí, la suerte de las comunidades de Morelos cambió de acuerdo a una voluntad política ajena que se les sobrepuso.

CITAS:

[\*] UAM-Azcapotzalco

[1] La información que conforma la parte medular de este texto fue tomada del libro de John Womack sobre Zapata, las referencias ajenas a este libro son señaladas expresamente. Womack, John. Zapata y la Revolución Mexicana, S. XXI Eds, México,

[2] Chevalier, Francois. "Un factor decisivo de la revolución agraria de México: el levantamiento de Zapata 1911-1919". Cuadernos Americanos. México, pp. 1-27.

[3] Con la muerte del gobernador porfirista Alarcón, comienza en el estado de Morelos una disputa en nuevos términos por la gubernatura. Por un lado el bando hacendado impulsando la candidatura de Manuel Escandón, utilizando los métodos tradicionales de campaña política porfirista; y por el otro Patricio Leyva que a falta de recursos se dedica a hacer una campaña política incendiaria: "su llamado a la insurrección... tuvo efectos agitadores entre las bases campesinas -y no de burócratas, soldados o autoridades locales- que formaban sus clubes adictos. Los discursos agrarios, la xenofobia, los proyectos de nacionalización, etc., movieron fibras sensibles entre los campesinos; su resultado indirecto, ya se adivina, fue el discurso zapatista de los primeros años revolucionarios, y la organización primaria de los que luego serían rebeldes seguidores del Plan de Ayala... con el ingeniero Leyva se fermentaba la sublevación popular". Rueda, Salvador. "Administración política y utopía hacendada: la lucha por el poder en el estado de Morelos (1869-1913)". Historias 13. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, 1986. pp. 95-116.

[4] Salvador Rueda señala que "el carácter agrario del zapatismo no tiene como origen inmediato el despojo de los medios de producción a los pueblos, sino que el deseo y la intención de poseer tierras, montes y aguas no son más que algunas de las manifestaciones visibles de un hecho más profundo, como lo es el de la práctica específica de ciertas relaciones de producción". Rueda describe algunas: "El terror de la presencia de lo superior que siempre está alerta, vigila y controla, más que la represión, era el instrumento preventivo: el campesino morelense siempre estaba bajo la amenazadora mirada estatal a través de sus pequeñas instituciones y símbolos. No en balde la política rural y el ejército federal eran conocidos popularmente también bajo un nombre que no dejaba dudas: Supremo gobierno. O recuérdese, si no, la doble función del cobro de la "contribución personal" -'captación' era el nombre oficial-; por un lado, era un impuesto que tenían que pagar forzosamente todos los hombres mayores de quince años; por el otro, les daban a cambio un comprobante que los identificaba como trabajadores pertenecientes a un pueblo o a una hacienda específicos, por lo que su tránsito a otros lugares era obligadamente temporal. Este terror, pues, tenía como primer objetivo arraigar al trabajador". La Revolución en las regiones (Tomo I). Universidad Autónoma de Guadalajara. México, 1986, pp. 263-286.

[5] Carbó, Margarita. "El Zapatismo". Historia de México (Tomo II). Salvat Mexicana de Ediciones. México, 1978, pp. 2413-2432.

[6] Huizer, Gerrit. La lucha campesina en México. Centro de Investigaciones Agrarias. México, 1970, p. 20.

[7] "...lejos de exterminar a los revolucionarios, la represión indiscriminada -no sólo contra los campesinos morelenses hizo que el zapatismo se extendiera a los estados vecinos: de unas cuantas bandas guerrilleras armadas en 1912, se levantó un gran ejército hacia fines de 1913 (llegando, según el secretario zapatista Manuel Palafox a 20 mil hombres a fines de 1914)". Rueda, Salvador. "Las causas de...", op, cit p. 264.

[8] En el otoño de 1912, Patricio Leyva fue declarado gobernador del estado de Morelos. "Con él inició una serie de reformas a las leyes locales que obligó a los zapatistas a disminuir sus actividades a la mínima expresión. Ello se acompañó del cambio de autoridades en todo el Estado, desde las locales y municipales, hasta la legislatura de la entidad. Y la actitud del gobierno federal también varió: el temible Juvencio Robles, autor de incendios a pueblos, reconcentraciones de la población y asesinatos por pura sospecha, fue sustituido por el general Felipe Angeles, quien tenía una idea muy distinta sobre lo que era la persecución de las guerrillas campesinas. Para esta momento, casi al

cumplir un año el gobierno de los revolucionarios maderistas, parecía ganada la partida por Madero y sus hombres: los zapatistas se hallaban replegados, esperando los resultados de las discusiones de la legislatura local que les arrebatara sus móviles políticos, y temiendo... que pronto quedarían solos..." Rueda, Salvador, "Administración...", op. cit., p. 114.

[9]"De acuerdo con un observador, cierto número de oficiales de las tropas que habían ayudado a Madero a subir al poder y que se habían decepcionado por el hecho de que éste se había dejado rodear de los revolucionarios de última hora, se unieron a las fuerzas zapatista y empezaron a entrenar y a organizar a las tropas campesinas con mayor regularidad". Huizer, Op. cit., p. 20.

O, "En esta etapa llegaron a la zona zapatista personas procedentes de la Ciudad de México, militantes anarcosindicalistas de la casa del Obrero Mundial, cerrada por Huerta, que actuaron desde entonces como secretarios y asesores de Zapata, con el que ya habían tenido contacto anteriormente..." Carbó, op. cit., p. 2422.

[10] Silva Herzog, Jesús. "Informe rendido por los señores generales Antonio I. Villarreal y Licenciado Luis Cabrera. Septiembre 3 de 1914, al C. Venustiano Carranza". Breve Historia de la Revolución Mexicana (tomo II). Fondo de Cultura Económica. México, 1960, pp. 182-188.

[11] "Entre los rebeldes, los de convicción menos firme se cansaban y abandonaban la lucha. Algunos jefes se pasaron a las filas del adversario, y Otilio Montaña, que había participado en la redacción del Plan de Ayala, fue fusilado como traidor. Según el general Octavio Magaña, los 70,000 soldados zapatistas que salieron de México en 1915 quedaron reducidos a 30,000 en 1916. En 1917-1918 sólo eran 15,000 y para la primavera de 1919 no quedaban más que 10,000." Chevalier, op. cit.

[12] Loc. cit.

[13] Warman, Arturo ...Y venimos a contradecir. Ediciones de la Casa Chata, México, 1976, p. 150.

[14] Ibidem, pp. 151-157.